

DESDE los tejados y las ventanas, tiradores disparaban contra las sombras. Nadie les podía ver: ellos tampoco velan a sus víctimas, ni las conocían, ni tenían nada contra ellas, aparte de ser "los otros". Matar sin interés propio, como un acto gratuito, es una magia. Sólo Dios y el Estado tienen derecho a tomar las vidas humanas, se dice: quienes disparaban en la noche sin electricidad de Nueva York se inspiraban así el poder. Eran Dios, eran el Estado. Otros no tenían armas: arrojaban botellas, cubos de basura, basuras simplemente. Algo que hiriera, ofendiese, dañase.

Nueva York se quedó sin electricidad al atardecer del 13 de julio. Habían caído rayos —se dice que tres— en Indian Point, orilla Este del Hudson, sobre un cable de la central nuclear. La Consolidated Edison, que suministra el fluido, intentó poner en servicio inmediatamente sistemas de socorro, pero no fueron suficientes. Todos los acondicionadores de aire de la ciudad estaban funcionando: la temperatura era tórrida (treinta y cinco grados), al mismo

LA NOCHE DE NUEVA YORK

JUAN ALDEBARAN

tiempo que el alumbrado: los cables de auxilio, los fusibles de seguridad, se quemaron. La falta de electricidad iba a durar veinte horas.

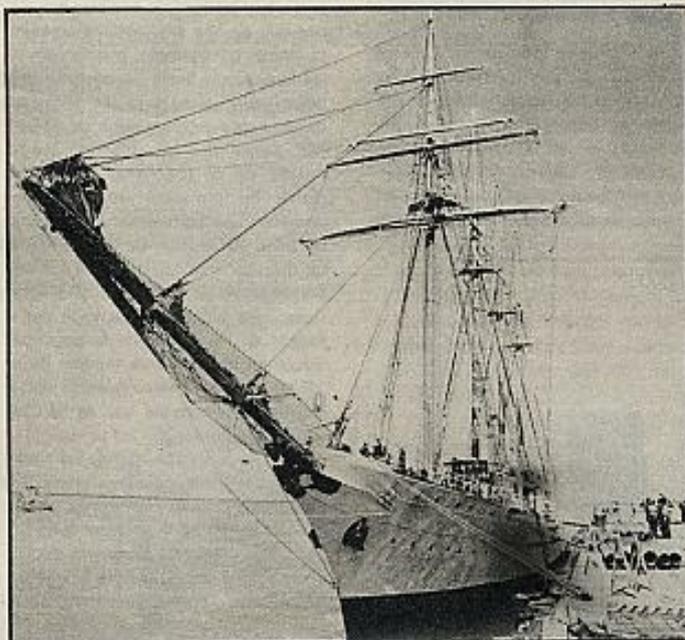
Dos hechos saltan inmediatamente a la vista como especialmente graves en este incidente. Uno, la fragilidad de una técnica en la que está basada ya la vida de las grandes ciudades, la infraestructura y la organización en que nos movemos. Otro, el trasfondo, la crudeza, la agresividad latentes, dispuestas a dispararse sin necesidad de que nadie dirija u organice: por pura espontaneidad. Agresiones, incendios, saqueos, robos: los frutos de una larga frustración.

No todas las ciudades son Nueva York, pero todas las ciudades son un poco, de alguna manera,

Nueva York. Hace años las ciudades del mundo soñaban con llegar a ser como Nueva York; hoy todas temen con llegar a ser como Nueva York. El concepto de vanguardia o punta de la civilización ha cambiado mucho. Ha cambiado el sentido de la civilización. Unos días antes la electricidad se había cortado en toda España como consecuencia de una sola avería. A otra hora, en otro contexto, con otros recursos, por menos tiempo. Hubo confusión, alarma, miedo por los orígenes o por las consecuencias: no pasó prácticamente nada. Pero se sabe ya lo que puede llegar a pasar. Nadie puede estar seguro. Las campanas, como en la novela de Hemingway, suenan por todos nosotros.

Benjamín Franklin inventó el pararrayos en 1752. Hace doscientos veinticinco años, la civilización moderna se creyó libre del azote del rayo, "castigo de Dios". Pero aquí está el rayo que no cesa. Y el mismo grito de responsabilidad sobre Dios. "Ha sido un castigo de Dios, un azote de Dios", ha dicho uno de los directivos de la compañía Consolidated Edison. No es sólo un grito de vieja superstición: es una manera de derivar las responsabilidades morales. Y las económicas: se está responsabilizando a la compañía por el desastre, varios miles de personas —y la ciudad de Nueva York, representada por su alcalde, Abraham Beane— pretenden pedir responsabilidades económicas por los desastres ocurridos. Insensiblemente, el grito del eléctrico nos devuelve a la Edad Media y más atrás, a la era de las pestes, de las plagas, de las inundaciones, de la langosta. Más atrás, a la mitología: Prometeo fue encadenado por robar el rayo. Los ladrones del rayo —de la electricidad— están castigados por el rayo mismo. Todo esto es literatura: la literatura de estos días en Nueva York. No es peor que otra: la que atribuye la avería a una intervención de seres espaciales, la que cree que han sido los terroristas, la que pensó que era una bomba soviética. Cada época aterroriza a la sociedad con lo que tiene más a mano. Cuando no tiene bastantes elementos, acude de nuevo al viejo elemento de terror que nunca falla: Dios.

Pero la frustración es más grave aún: ha fallado la técnica. Ha fallado la técnica de los últimos doscientos veinticinco años, desde Franklin a nuestros días. El hombre se ha encontrado desamparado sin sus "gadgets", que resultan ser su vida entera. Sin los ascensores ya no puede entrar o salir de sus casas; sin los semáforos, el tráfico se ahoga. Se queda desinformado sin radios, televisión ni periódicos; se queda a merced de la muerte en las clínicas y los hospitales. Se queda sin agua que asciende a los pisos por bombas eléctricas, sin aire que respirar porque no funcionan los acondicionadores; las cocinas son eléctricas, y no puede abrir una lata de conservas porque los abridores son ya eléctricos. La comida se pudre en los refrigeradores. No hay cerebros electrónicos, máquinas de escribir, teléfonos. Los bomberos, la Policía, no pueden recibir las llamadas. Todo lo creado, todo lo imaginado, se viene abajo. De pronto, el hombre descubre que no tiene una infraestructura a su servicio, sino que él es quien está al servicio de la infraestructura. El escritor suizo Peter Atteslander, catedrático de Futurología en Berna, escribía en 1970, describía pequeñas: un incendio en una central telefónica de barrio, una huelga de tráfico. "Nuestra vida social se ha vuelto mortalmente vulnerable. A pesar de que estas cosas se presentan casi a diario, en uno u otro sitio, tales situaciones de crisis nos sorprenden inesperadamente, sin preparación para afrontarlas. Las planificaciones, si acaso, conducirán al aumento de estas dependencias de los servicios infraestructurales. Seremos todavía más vulnerables y nos encontraremos frente a las crisis que aparecen por el fallo de tales servicios, por lo que parece, totalmente sin recursos" ("Los últimos días del presente", Grijalbo, Barcelona, 1973). Somos ya esclavos de la infraestructura. La crisis de la energía está destruyendo la vida económica de Occidente y está iniciando desórdenes sociales graves: pero nadie es capaz de apagar una bombilla supletoria. Ya no tiene remedio. Cuando se trató de reconstruir Berlín y otras ciudades alemanas, después de la guerra, los planificadores quisieron



BOICOT AL "ESMERALDA"

UNA fina silueta de barco puede encerrar en sí todo el horror del mundo: el "Esmeralda", de la Marina chilena, fue utilizado como prisión de Pinochet. Se sabe lo que son las prisiones de Pinochet. Después, el dictador lo ha utilizado para la propaganda de su régimen por las costas y los puertos del mundo. Pero como el "holandés errante" de la leyenda, lleva consigo demasiados fantasmas. Al llegar a Cádiz, el barco tenía averías que quiso que le fueran reparadas allí: los obreros españoles se negaron a hacerlo, secundados por sus centrales sindicales que aprobaron el boicót. El intento de propaganda de Pinochet se ha convertido precisamente en lo contrario: en un recordatorio de aquellos que de todas maneras no necesita estímulos para el acuerdo, porque está siempre presente: el abominable régimen carcelario de quienes han aplastado las libertades de uno de los pueblos que más las aman en el mundo: Chile.



remediar los errores pasados, modernizar la urbanización y los servicios. Pero ya no pudieron: las galerías de servicios, la red viaria, la localización de los aeropuertos, obligaron a trazar de nuevo idénticas calles, carreteras, líneas férreas, a situar en los mismos lugares los distribuidores de electricidad, de gas, de agua. La peor guerra, la peor destrucción que recordaba la Historia del mundo, habían acabado con millones de vidas, con ideologías, sistemas políticos, incluso arrastres históricos: pero la infraestructura sobrevivía. El hombre tenía que plegarse a ella, mejorarla en lo posible, pero no cambiarla. Va creciendo cada vez más, haciéndose un cáncer más gigantesco. Podremos llegar a morir de infraestructura, como se muere de un cáncer: pero no seremos capaces de matarla. Es más fuerte que nosotros.

El problema de Nueva York no es tanto lo que ha pasado, las veinte horas de angustia con una noche de terror en medio, sino el anuncio apocalíptico de lo que puede pasar. Una figuración de lo que puede ser una guerra, de lo que podría ser una revolución organizada en torno a un suceso parecido. Una visión del futuro. Más lejos en el futuro, de lo que podría ser una crisis total y real de energía, un final de los recursos ener-

géticos del Globo. Y la advertencia de que ya nada tiene remedio.

El otro aspecto del suceso es el humano. Los tiradores en las ventanas, los asaltantes de las tiendas: de todas las tiendas, desde las grandes joyerías—sin alarmas, indefensas— hasta la de alimentación de la esquina más próxima. La han llamado los periódicos "la noche de los animales". "Van por las calles como animales", se decían los policías unos a otros por sus radios portátiles, refiriéndose a quienes pillaban, violaban, asaltaban. Si la referencia a Dios es medieval para descargarse del daño y desviar la noción de castigo, la referencia a la animalidad es también clásica. "Los animales feroces se expanden por la ciudad espantada, con aullidos salvajes", escribía Teófilo Gautier comentando las jornadas revolucionarias de la Comuna. Más cerca, Marañón describía jornadas revolucionarias con términos parecidos: el hombre, convertido en masa, "mata, saquea, incendia, se olvida de los suyos y actúa, en suma, al dictado de todos los instintos primarios que había ido enterrando en el fondo de su conciencia, a través de siglos y siglos, la civilización". Porque "en realidad, sirven al alma confusa del antropoide, resucitado, que forma la parte de nuestra conciencia

colectiva y ancestral". En cierta forma, no se sabe por qué los mendigos del Bronx, los malditos del "ghetto" de Harlem, los explotados de las zonas portorriqueñas, tratados por la ciudad como animales, no iban a comportarse como animales: es una devolución (Sartre decía: "En cuanto a la opresión, consiste en tratar al otro como animal".) Un periodista—del "Post", de Washington— preguntó a un saqueador de Nueva York por qué estaba haciendo aquello. "¿Por qué no?", respondió el hombre.

El alcalde Beane ha exclamado: "Habría que ahorcarlos a todos". Otro regreso a la Edad Media. Quizá el alcalde, quizá los angustiados y desbordados policías, los bomberos contra los que se disparaba cuando iban a apagar incendios, los médicos y los ambulancistas que iban a socorrer heridos y eran apaleados, no pudieran sentir más que el odio por la jauría, por la rotura del orden y del sentido de la vida que están obligados a guardar. Pero ¿podrán comprender la lección? ¿Podrán darse cuenta de que hay millones de seres en Nueva York embrutecidos por una vida diaria que destroza, sin esperanzas de salir de una situación trágica, humillados y ofendidos por el color de su piel o por el puesto en que trabajan?

Y sin siquiera la esperanza de que el Presidente Carter, cuando habla del respeto a los derechos humanos, esté hablando de ellos.

Los dos hechos del suceso de Nueva York están íntimamente relacionados: cuando la civilización quiebra y se rompe, aunque sólo sea por unas horas, surgen a la superficie los marginados, los destruidos por esa misma civilización. Que es brillante, pero que es también implacable. Las clases dominantes están amparadas por la técnica: pero la técnica no ha liberado a los desposeídos, que saltan espontáneamente, inmediatamente, en cuanto el brazo de hierro de la técnica se afloja.

¿Una visión del futuro? ¿Nos encaminamos hacia una nueva Edad Media, como ya anunciaba Bacca, como ya anunciaba años antes Huizinga? ¿Una Edad Media con salteadores en las calles, con bandas de hambrientos, con horcas en las esquinas, con señores feudales instalados en los barrios? Si la Naturaleza imita al arte, que decía Wilde, la civilización imita cada vez más a la ciencia-ficción catastrófica. Nueva York, del 13 al 14 de julio, fue ya un adelanto de las catástrofes anunciadas por los nuevos profetas. Puede aprender de la lección. Pero lo más probable es que ya no sirva de nada. ■